

por todas partes;—la lanza en ristre y la espada en la mano,—rompió súbitamente, semejante á un perro de presa» (1).

A 15 de Julio pudo Carlos VIII conceder á sus tropas en Asti, un descanso que tenían bien merecido; en los demás campos de batalla la fortuna volvió totalmente las espaldas á los franceses. La expedición contra Génova fracasó; Ferrantino se presentó en Nápoles y obligó á los franceses á retirarse á Castello Nuovo.

El Papa había regresado á Roma, ya á 27 de Junio (2); y pocos días después prohibió á los suizos que tomaran parte en la guerra contra los aliados (3). A ésta siguieron otras medidas todavía más hostiles. A ruego de los venecianos se expidió á 5 de Agosto un Monitorium, en el que se amenazaba á Carlos VIII con la excomunión (4). Más peligroso fué para los franceses, que Maximiliano de Austria y Fernando el Católico amenazaban atacar inmediatamente sus tierras; era, pues, necesario en absoluto el pronto regreso á la patria. Todavía logró el Rey, por el tratado particular de Vercelli (9 de Octubre), apartar de la Liga al inconstante Ludovico Sforza, y poco después regresó á su Reino. Sus orgullosos planes habían fracasado; la guerra contra los turcos, á la que debía servir de introducción la expedición á Italia, se había alejado más que nunca, á consecuencia del trastorno de las relaciones de los Estados en el sud de Europa.

(1) Reumont, *Italienische Sonette* (Aquisgrán 1880) 10. Renier, Torino 1888 ha dado una buena edición de los sonetos de A. Cammelli; el soneto citado en el texto se halla en la p. 324 y en la edición de Cappelli-Ferrari en la p. 5. Cf. además Arch. Veneto XXXV, 218.

(2) \*Cum ingenti pompa et triumpho ivit ad palatium, dicen las \*Acta consist. del *Archivo consistorial*. Una cosa semejante se lee en las memorias del cardenal Cesarini: \*Rex ab urbe die Junii 3<sup>a</sup> pacifice recessit et per suos oratores alloqui Pontifici supplicavit, quod Pontifex futura scandala praecavens denegavit; sequentique die Perusiam versus abscessit, ubi aliquantisper moratus est, et post Regis a patrimonio Ecclesiae abscessum Papa cum Sacro Collegio Romam reversus magno populi applausu atque laetitia. Cod. XXXIII, 48, f. 32 de la *Biblioteca Barberini de Roma*.

(3) \*Breve de 30 de Junio de 1495. *Archivo público de Milán*. El 5 de Agosto, publicó Alejandro VI una nueva orden disuasoria (Notizenblatt 1856, 468), pero todo fué inútil; v. Delaborde 568 s.

(4) Malipiero 383 s., 391 s., 409. \*Carta de A. Sforza, fechada en Roma á 14 de Agosto de 1495. *Archivo público de Milán*. Cf. Sigismondo de' Conti II, 131. Romanin V, 82. Carlos VIII respondió desvergonzadamente; v. Sanudo, *Spediz.* 181. Sobre otros pasos del Papa contra los franceses, v. Raynald, 1495, n.º 17, 35.

El año desdichado de 1495, había llevado dos veces á los franceses á la capital pontificia, y terminó con una de las más terribles inundaciones del Tíber, cuyas señales son aún hoy visibles en algunos sitios de Roma (1). A 25 de Noviembre de dicho año, reinaba un frío enteramente extraordinario para aquel país; á 1 de Diciembre nevó un poco, y luego repentinamente se templó el aire y comenzó á llover tan copiosamente como si echaran el agua del cielo á calderos.

Después de haber durado aquella tempestad de agua dos días y medio, serenóse enteramente el cielo á 4 de Diciembre; y poco después comenzó á crecer el Tíber con extraordinaria rapidez, y á inundar toda la ciudad baja. Los cardenales salían precisamente del consistorio, cuando las enfurecidas aguas del río trocaron en pocos momentos en un mar las calles próximas al castillo de Sant-Angelo; y no sin dificultad pudieron pasar todavía el puente de Sant-Angelo. Al cardenal Sclafenati no le fué ya posible llegar á su casa, y cuando dió la vuelta, su caballo andaba con el agua hasta la silla. «Después de comer—refiere un veneciano—salió á caballo nuestro emisario Jerónimo Zorzi, para ver la inundación, y nosotros nos dirigimos á la calle del Banco (que á consecuencia de las frecuentes inundaciones, se llama Canal del Ponte), y hallamos que el agua se había extendido por todas partes, y cubría casi enteramente el Ponte Sixto, subiendo de continuo, arrebatándose hacia nosotros con espantosa fuerza, y arrastrando consigo maderos, molinos, puentes y chozas. Cuando quisimos dirigirnos á Santa María del Popolo, ya no nos fué posible. La imagen que

(1) Las fuentes principales de lo que vamos á decir, son las cartas de dos venecianos, escritas desde Roma á 4 y 8 de Diciembre de 1495, conservadas y publicadas por Malipiero 409-415. Cf. además Allegretti 854. Senarega 558. *Diario Ferrarese* 316. Landucci 120. Carpesanus 1205. Sigismondo de' Conti II, 271. Simone Filipepi en Villari-Casanova 469. *Bollet. st. di Suizz. ital.* VII, 97. Respecto de la relación de P. Martyr, v. Gerigk, 45 y Bernays 102, not. 3. Sobre la procesión de rogativas, v. Burchardi *Diarium* II, 252 sq. Las señales de la altura máxima con inscripciones, que están colocadas en la casa del embajador de Venecia, Via del Paradiso, y en la fachada de S. Maria sopra Minerva, pueden verse en Reumont, III, 1, 538, 574; otras análogas colocadas en el castillo de Santángelo y en diversos lugares, se hallan en Borgati 101. J. Castiglione, *Trattato dell'inondatione del Tevere* (Roma 1599) 36-37. Carcani, *Il Tevere e le sue inondazioni* (Roma 1875) 42 ss. Armellini, *I Papi e il Tevere* (Roma 1877) 5. V. también Brioschi, *Le inondazioni del Tevere*. Roma 1876, y Narducci, *Bibliografia del Tevere*. Roma 1876. Por el mismo tiempo se desbordaron también los ríos de la Lombardía y el Ródano; v. *Diario Ferrarese* l. c. Carpesanus l. c. Furrer II, 25.

se nos presentó, de los que huían y de las casas que se venían abajo, era tan triste, que por aquel día no quisimos ver más y regresamos á nuestra vivienda, llevando nuestros caballos el agua hasta la silla. A la una de la noche llegaron también las aguas á nuestra calle; procuramos cerrar la puerta y la ventana del piso bajo, y las tapiamos, para no perder el vino que estaba allí depositado; pero todo fué inútil, y en un instante quedó la bodega medio llena del agua que penetraba por debajo; y si nuestros criados no hubiesen tomado en hombros los barriles, y llevádoslos á una habitación más alta, nos hubiéramos quedado sin vino. Luego destruyeron además las enfurecidas aguas la defensa de la puerta, y en un instante llenaron el patio, de suerte que nuestros criados escaparon con gran dificultad al peligro de quedar ahogados en la bodega. Los flamencos de nuestra vecindad huyeron, lamentándose por las haciendas que dejaban perdidas. Nuestro casero, Domenico de' Massimi, procuró inútilmente salvar su almacén, lleno de preciosas especerías; pues como el agua venía de diferentes calles con espantosa furia, todo se perdió, y los dependientes de Massimi sólo pudieron salvarse á nado. El mismo tuvo que vadearse con sus criados con agua hasta el pecho, y sus pérdidas se calcularon en 4,000 ducados. Nosotros le proveímos á él y á todo el vecindario de vino, al paso que él nos socorrió con pan. Hasta la tarde del sábado subió el agua incesantemente. En nuestro patio llegó á siete pies y en la calle á diez; y así quedó inundada casi toda la Ciudad. Por todas partes navegaban por las calles en barcas y botes, como en nuestras lagunas, para proveer de víveres á los sitiados en las casas.» En varias partes las aguas lo inundaron todo tan repentinamente, que sorprendieron á las gentes en sus lechos; muchos hombres se ahogaron, y un número mayor perdió sus bienes y haciendas. Por la noche se oían de lejos los gritos de socorro de los que habían sido sorprendidos por la inundación. Por espacio de tres horas rugió un temporal tan furioso, como no pudiera ser mayor en el mar.

Como las fuentes habían quedado inútiles, y los almacenes de víveres destruidos, los habitantes de muchas partes de la ciudad se vieron en el mayor apuro. «Muchos no han podido hasta ahora apagar su sed—refiere el mencionado narrador—á pesar de estar rodeados de agua con peligro de ahogarnos. En el Trastevere se teme la ruina de los puentes; muchas casas y palacios se han des-

plomado, enterrando á los moradores bajo sus escombros. Los pavimentos de mosaico de las iglesias han quedado destruidos y asimismo las sepulturas y todas las vituallas de la ciudad. Casi todo el ganado de los alrededores ha perecido, y para salvar su vida, se acogían los pastores á los árboles y se ataban allí; pero parte de ellos ha perecido, no obstante, de hambre y de frío; otros han sido arrastrados medio muertos con los árboles arrancados de cuajo. Se teme que en los alrededores de Roma no se coja el próximo año ninguna cosecha. En tiempo de Sixto IV y Martín V, tuvieron asimismo lugar inundaciones; pero una tan grande como la presente, no se había visto en Roma. Muchos están llenos del mayor miedo, y tienen esta inundación como cosa prodigiosa; pero á mí no me está bien hablar acerca de ello. Se teme con razón, una general mortandad del ganado, como suele suceder siempre, después de tales inundaciones. Estas partes de Roma han sufrido tanto, que da compasión. El Papa ha ordenado procesiones para implorar la misericordia de Dios. Roma, 4 de Diciembre de 1495.»

En la noche del sábado al domingo (1), comenzaron á bajar las aguas lentamente. «Ayer por la mañana—se dice en la relación de un veneciano, á 8 de Diciembre,—desapareció el agua de las calles; pero los patios y bodegas quedaban llenos de animales muertos y de otras inmundicias; en tres meses no será posible limpiarlo todo. Los daños que la ciudad ha sufrido, son incalculables, y un cuarto de siglo no bastará á Roma para reponerse de ellos. Las barcas del Tiber, los molinos y todas las casas viejas, han quedado destruidas, y también se han muerto todos los caballos de las cuadras bajas. Por efecto de la destrucción de los molinos se sentirá pronto la falta de pan. ¡Gracias á Dios, se han salvado los nuestros! En Torre di Nona se han ahogado muchos presos; los fosos en torno del castillo de Sant-Angelo, están todavía llenos de agua hasta arriba. Muchos trabajadores de las viñas han perecido, así como todo el ganado de las cercanías con sus pastores. El viernes por la tarde, se sacó en Ripa grande un hombre medio muerto, que se agarraba convulsivamente á un tronco de árbol; el tal sorprendido por las aguas en Monte Ro-

(1) En la noche del 5 al 6 de Diciembre, no después de 5 días, como admite Langè 16, pues la relación veneciana lleva la fecha de 8 de Diciembre (martes). Además Petrus Delphinus dice expresamente que el agua subió per sex et triginta horas quarta videlicet quintaque huius mensis. Raynald 1495, n.º 38.

tondo á 11 millas de Roma, había sido arrastrado hasta aquí. Los Hermanos de la Orden de San Paolo visitaron ayer á nuestro encargado de negocios, refiriendo que la inundación había llegado en su iglesia hasta el altar mayor, que sabéis cuán alto está; por donde podéis medir lo que habrá sucedido en otros parajes. Lo que ha hecho esta vez el Tíber, parece increíble. Un cuaderno de cinco pliegos no bastaría para pintar los casos extraordinarios que han sucedido, y los perjuicios que ha sufrido esta ciudad. Ruego á Vuestra Señoría comunique esta relación á Marino Sanudo. Verdaderamente, desde que Roma es Roma, no había ocurrido otra inundación mayor.» El analista veneciano, que nos ha conservado esta carta, computa las pérdidas de la Ciudad en 300,000 ducados.

No puede sorprender que la viva fantasía del pueblo se exaltara en grado sumo con este espantoso acaecimiento. Se traía á la memoria el castigo de Sodoma y Gomorra. «Algunos temían, se dice en la mencionada relación veneciana de 8 de Diciembre, que iba á estallar un castigo de Dios y arruinar toda la Ciudad.» La excitación reinante se refleja en las narraciones de todo género de acaecimientos maravillosos; principalmente excitó la admiración un parto monstruoso, que se dice haberse hallado en Enero de 1496, en la ribera del Tíber. Los embajadores venecianos lo describen como un monstruo que tenía la cabeza como de asno, con largas orejas, y el cuerpo humano de mujer. El brazo izquierdo tenía forma humana y el derecho se extendía en una trompa de elefante. Detrás tenía un rostro de hombre viejo con barbas, y, á manera de cola, le salía un largo cuello terminado en una cabeza de serpiente con las fauces abiertas. El pie derecho era de águila, con garras, y el pie izquierdo de buey. Las piernas, de los pies para arriba, y todo el cuerpo estaban cubiertos de escamas á la manera de los peces» (1). Los romanos vieron en éste y otros maravillosos portentos, el aviso de nuevas calamidades con que los amenazaba el porvenir: guerras, hambres y pestilencias. También en otras partes de Italia se miró en aquel monstruo, cuya imagen

(1) Malipiero 422. Lange 18. Parece que Lange no conocía el poema de Franc. Rococioli, De monstro Romae in Tyberi reperto anno domini 1496. Un ejemplar de este escrito, procedente de la Bibl. Manzoniana, fué vendido en pública subasta en 1893; otro ejemplar se halla entre los incunables de la biblioteca de Parma (n.º 880), v. Cian en Giorn. st. d. Lett. ital. XXIX, 434, nota 3.

se puso, v. gr., en las puertas de la catedral de Como, un signo de malos tiempos que amenazaban (1). Por todas partes miraban los hombres al porvenir con terror y espanto.

Terriblemente austeras y graves eran, en particular, las continuas profecías del elocuente Savonarola: «¡Yo os anuncio,—clamaba al pueblo florentino en la predicación cuaresmal de 1496,— que Italia será trastornada y puesto lo de arriba abajo. ¡Oh, Italia! ¡Abominación sobre abominación vendrá sobre ti! ¡Abominación de la guerra sobre la carestía; abominación de la peste sobre la guerra; abominación sobre abominación en todas partes! Un rumor perseguirá al otro; y apenas se habrá oído aquí la noticia de la irrupción de un ejército de bárbaros, se mostrará luego en otra parte. ¡Clamor del oeste, clamor del este; clamor sobre clamor en todas partes! Entonces buscarán las visiones de los profetas, y no obtendrán ninguna; pues el Señor les dirá: ¡ahora me toca á mí vaticinar! Correrán á los astrólogos, y no les aprovechará para nada. ¡La ley de los sacerdotes perecerá, y ellos perderán sus dignidades! ¡Los príncipes se vestirán de cilicio de crin, y los pueblos serán consumidos por la desdicha! ¡La desesperación se apoderará de los hombres y de la manera que ellos juzgaron, así serán juzgados! (2)

(1) Lange 42-43. En la pág. 49 ss. habla también este escritor del poema del humanista alemán Jacob Locher, que versa sobre la inundación. Este poema interpreta el acontecimiento como una señal divina, que ordenaba al rey Maximiliano ir á Roma. La misma mundana concepción se halla también en Seb. Brant, que celebró en una elegía la inundación. Sobre el mal estado sanitario de Roma en Enero de 1496, v. Sanudo I, 6. Ya algunos años antes, desde el otoño de 1493 hasta el de 1494, Roma fué castigada por la peste; v. Pieper, Burchards Tagebuch 29, y Haeser III<sup>o</sup>, 235-236. En 26 de Octubre de 1493, Alejandro VI salió de Roma para huir del contagio. No volvió á ella hasta el 19 de Diciembre; v. Pieper 10, 29-30; cf. Ricordi di Casa Sacchi 427 y \*Caleffini f. 312 del Cod. I-I-4 de la *Biblioteca Chigi de Roma*.

(2) Villari I<sup>o</sup>, 430-431. Cf. además la interpretación de P. Delphinus en Raynald, 1495, n.º 38.